



CAPITULO VI.

Acontecimientos ocurridos en España, desde 1808 hasta 1814.—Sensacion que ellos causaron en la Nueva-España.—Sublevacion del pueblo de Veracruz contra el comandante del Apostadero D. Ciriazo de Ceballos.—Providencias dictadas por el gobierno para restablecer el orden.—Deposicion y arresto del virey D. José de Iturrigaray en México.—Su embarque en Veracruz para España.—Efecto que produjo en aquel puerto la noticia del pronunciamiento del cura de Dolores D. Miguel Hidalgo y Costilla, proclamando la independenciam de México.—Formase allí el primer cuerpo de milicia con el título de voluntarios de Fernando VII.—Expedicion formada en Veracruz contra los sublevados de la provincia de Tejas.—Arribo de las primeras tropas expedicionarias de España para combatir á los insurgentes de la Colonia.—Descubrimiento de una conspiracion en Veracruz á favor de la independenciam.—Prision y muerte de los conjurados.—Relacion de este suceso, escrita por uno de sus cómplices.—Prision del presbítero D. Gregorio Cornide.—Orígen y progresos de la sublevacion contra el gobierno español en la provincia de Veracruz.—Primeros caudillos de ella.—Noticia de los principales hechos de armas ocurridos en toda la Provincia, y particularmente en el camino de Veracruz á Jalapa, desde que comenzó allí la guerra de insurreccion.—Campañas de D. Nicolás Bravo.—Ataques dados por los insurgentes á los convoyes.—Destruccion de algunas de las pequeñas poblaciones inmediatas á Veracruz.—Abandono de los campos cultivados antes.—Impuestos establecidos por los insurgentes sobre el tránsito de mercancías y sobre varias fincas de campo.—Formacion de una junta de arbitrios en Veracruz.—Representacion del ayuntamiento al rey de España contra el gobierno del virey Calleja.—Primeros

diputados electos por Veracruz á las córtes españolas.—Sensacion que produjo allí la abolicion del sistema constitucional por Fernando VII á su regreso á la Península.—Son conducidos á San Juan de Ulúa algunos personajes por adictos á la constitucion.—Apodéranse sucesivamente los insurgentes de Nautla, Tecolula y Boquilla de Piedras.—Campañas de D. Guadalupe Victoria.—Creacion de una compañía de patriotas realistas en la parte extramuros de Veracruz.—Pabellon tricolor usado por los insurgentes en la provincia.—Llega á aquel puerto el brigadier D. Fernando Miyares con nuevas tropas de España.—Ataque dado por tres buques de guerra que salieron de Veracruz á los que tenian los insurgentes en Tortugas y Boquilla de Piedras.—Apodérase de este punto D. José Rincon, derrotando á los insurgentes que lo ocupaban, con la tropa que sacó de Veracruz.—Expedicion salida de este puerto en busca de la escuadrilla que condujo á D. Francisco Javier Mina á S. Juan de Ulúa el Dr. Mier y otros prisioneros de los que acompañaban á Mina.—Desaparicion de D. Guadalupe Victoria del teatro de la guerra, ocultando el punto de su retiro.—Acógense sucesivamente casi todos los demas cabecillas insurgentes de la Provincia al indulto que concedió el virey á los que lo solicitaban.—Número de los insurgentes indultados en toda la colonia desde el año 1816 hasta Febrero de 1821.—Restablécense algunos de los pueblos destruidos en las inmediaciones de Veracruz, dedicándose sus vecinos á sus trabajos acostumbrados.—Habitantes de estos pueblos en 1819.—Pacificacion aparente de la Provincia.—Incendio del antiguo coliseo de Veracruz.—Proclamacion de la constitucion de 1812.—Sublevacion del pueblo de San Diego á favor de la independencia en Diciembre de 1820.—Proyecto de algunos diputados á las cortes de detenerse en Veracruz á esperar el plan de independencia que debia proclamar D. Agustin de Iturbide.—Sensacion que produjo allí la noticia de este plan.—Fórmase un batallon de milicia nacional.—Desértase una parte de la guarnicion militar de Jalapa para adherirse á la causa de la independencia.—Pónese á su frente D. José Joaquin de Herrera y marcha hácia Orizava y Córdoba.—Adhiérense estas dos villas á la misma causa.—Hace lo mismo el capitán D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que se hallaba de guarnicion en la primera de ellas.—Reaparicion de D. Guadalupe Victoria.—Toma Santa-Anna á Alvarado.—Sitia el coronel Hevia á Herrera en Córdoba.—Muerte de Hevia y retirada de sus tropas á México.—Toma Santa-Anna á Jalapa y marcha en seguida sobre Veracruz.—Ataca Santa-Anna á una parte de la guarnicion de este puerto que salió á destruir algunas casas extramuros.—Dirige algunas granadas sobre la ciudad, emprende tomarla por asalto, y despues de permanecer en ella mas de tres horas, se vé obligado á retirarse.—Llegada del virey O'Donjú.—Sus proclamas.—Celebra un armisticio con Santa-Anna.—Pónese en comunicacion con Iturbide, y marcha á Córdoba para tener allí la conferencia que le propuso.—Desconoce el gobernador de Veracruz los tratados celebrados en aquella villa, y se propone defender la ciudad á toda costa.—Alarma que esto produce en la poblacion.—Representaciones del ayuntamiento y del consulado contra aquella determinacion.—Intima el coronel Santa-Anna la rendicion á la ciudad.—Llega á ella el coronel D. Manuel Rincon, encargado por Iturbide para arreglar pacíficamente su entrega.—Retírase á San Juan de Ulúa el gobernador Dávila con las pocas tropas que habia en Veracruz.—Ocupan la ciudad las tropas independientes, encargándo-

se de los mandos político y militar los coroneles D. Antonio L. Sant-Anna y D. Manuel Rincon.—Alteraciones hechas en los diversos ramos de la administracion pública de la ciudad de Veracruz durante este periodo, y estado en que se hallaba al adherirse á la independencia.

1808.---1821.

A pesar de que el corto periodo que voy á recorrer en este capítulo, pertenece todavía á la época de la dominacion española en México, y los sucesos que durante él ocurrieron en Veracruz, como en toda la Nueva-España, no son mas que una continuacion de la historia de este país en su estado de colonia, presenta ya en sus acontecimientos y en las causas que los promovieron un carácter tan diverso del que tenían los que les precedieron en la dilatada série de años trascurridos desde la conquista, que no es posible dejar de tratarlo separadamente, sin desconocer la notable diferencia que hay entre unos y otros.

Esta es la razon por qué, al trazar el plan que me propuse seguir en la formacion de estos apuntes, no obstante que en ellos no debia ocuparme de la historia general de México, sino de la particular del puerto de Veracruz, dividí en tres partes la larga época colonial; y ciertamente que bastará reflexionar un poco sobre los principales sucesos de esa época, para conocer que tal division, muy lejos de ser caprichosa de mi parte, es la que está muy claramente marcada por la naturaleza misma de los acontecimientos.

En el primero de esos tres periodos de la historia de la Nueva-España, que comprende desde el desembarco de D. Fernando Cortés hasta el establecimiento del gobierno vireinal, no se ven mas que las luchas sangrientas entre los conquistadores y los desgraciados naturales de esta rica parte del conti-

nente americano, para asegurar su dominacion, las disputas que por ambicion de mando y de riquezas se suscitaron con frecuencia entre los mismos conquistadores, los celos del monarca español respecto de éstos, y por último, las vicisitudes y tropiezos á que se vió expuesta su autoridad en estos países mientras que no acertó á establecerla sobre bases sólidas y duraderas. En el segundo, organizado ya el gobierno bajo la direccion de los virreyes, con todo el prestigio que daba á éstos la representacion de su soberano en un país distante, se vé á la naciente sociedad de la colonia progresar, aunque de un modo lento y gradual, en su poblacion, industria y comercio, sin que ningun hecho grave viniese á alterar el orden de cosas establecido; y en el tercero vemos ya á una parte de esa misma sociedad, considerablemente aumentada con los numerosos descendientes de la raza conquistadora, y con los grandes elementos de riqueza que un privilegiado suelo y tres siglos de paz y de orden habian ido formando en ella, abandonar repentinamente su quietismo habitual, y, cual si fuera movida por un impulso extraño, lanzarse desatentada á derrocar el gobierno existente, y sostener por espacio de once años una lucha de muerte y de exterminio, hasta conseguir el primero de los bienes á que todo hombre como todo pueblo debe aspirar, cual es el derecho de gobernarse segun su propia voluntad.

En los dos capítulos anteriores hemos visto ya la parte que cupo á Veracruz en los sucesos pertenecientes á los dos primeros de esos periodos, y ahora vamos á ver la que tuvo tambien en los del tercero, que es en el que comenzó á recibir aquel puerto los primeros golpes que habian de acabar por destruir el principal elemento á que debia la prosperidad que hasta entonces disfrutaba.

Mas antes de entrar en la relacion de esos hechos, no creo por demas recordar aquí, aunque sea muy brevemente, los extraordinarios acontecimientos que por el mismo tiempo tuvieron lugar en la Península española, porque habiendo sido éstos en mucha parte la causa de los trastornos ocurridos entonces

en México y en todas sus colonias de América, no podrian comprenderse fácilmente muchos de estos sucesos sin tener á la vista los antecedentes que los prepararon.

Hasta principios del año 1808, la España, aunque con la vacilacion que acompaña siempre al que sostiene una causa, no por conviccion, sino por debilidad, habia cumplido fielmente todos los compromisos que, como hemos visto en el capítulo anterior, habia contraido en sus tratados de alianza con la Francia durante la gran contienda que por aquella época agitaba á la Europa; pero esta alianza, sostenida por el príncipe de la Paz, que era quien en su calidad de favorito del rey D. Carlos IV gobernaba entonces realmente á aquel país, y quien tenia tambien el mayor interes en conservar la amistad de Napoleon, porque con su apoyo esperaba ver realizados todos sus ensueños de poder y de gloria, habia sido ya de tal manera gravosa á la nacion, que no obstante la proverbial obediencia de los españoles á la voluntad de sus monarcas, comenzaba á faltarles el sufrimiento, y se observaba en todos los ánimos ese disgusto profundo que nace del malestar general, y que es siempre y en todos los pueblos un seguro precursor de las grandes conmociones políticas.

Sin disfrutar la España por su alianza con la Francia de los provechos ni de la gloria que acompañaban al grande y afortunado guerrero que se hallaba al frente de esta última nacion, en las interminables campañas á que lo conducian sus ambiciosos proyectos, habia hecho en su obsequio los mayores sacrificios que pueden exigirse á un pueblo, hasta colocarse al borde de un abismo. Su marina habia sido en su mayor parte destruida en el célebre combate de Trafalgar; lo mas escogido de su ejército habia desaparecido tambien para ir á engrosar las filas de Napoleon en la guerra que por entonces hacia éste á algunas potencias del Norte de Europa; su comercio con las colonias de América se hallaba continuamente hostilizado por escuadras inglesas, que á la vez que apresaban muchos y muy ricos cargamentos pertenecientes á particulares,

impedían al gobierno recibir con frecuencia los recursos pecuniarios que periódicamente le enviaban de esta parte de sus dominios; varios puertos de sus colonias de América, como Buenos Aires y Montevideo habían sido ya ocupados algun tiempo por tropas inglesas; el gobierno, para atender á sus grandes necesidades, se habia visto obligado á disponer de algunos fondos del clero y á establecer varios impuestos odiosos; y por último, con pretexto de pasar las tropas francesas á hacer la guerra á Portugal, conforme al convenio celebrado entre la Francia y la España el 27 de Octubre de 1807, se hallaba ocupada una parte del territorio de esta nacion por las huestes vencedoras del conquistador de la Europa, que no tardaron en apoderarse con engaño de sus principales fortalezas.

En ese estado violento de cosas en que se hallaba la Península al comenzar el año 1808, la indignacion de los españoles se habia fijado ya de un modo muy inequívoco contra el príncipe de la Paz D. Manuel Godoy, á quien se le atribuían todas las desgracias de la nacion, y contra quien no fué nada difícil hacer caer toda la odiosidad popular, por la escandalosa ostentacion que hacia de sus riquezas y opulencia, en medio de la miseria pública. Apoyados en este sentimiento general, no dudaron ya los principales descontentos en ponerse de acuerdo sobre la conveniencia de derrocar al favorito, considerando este paso como el primero que era necesario dar para conseguir el cambio que las circunstancias exigían en la marcha de la nacion; mas como quiera que tal paso no podia ejecutarse violentamente sin atacar al mismo tiempo la voluntad del soberano, á cuya amistad y decidido afecto debia aquel magnate todo su omnímodo poder, y esto podria alterar la paz de la monarquía y comprometer de un modo muy grave su propia existencia en la situacion general en que se hallaba entonces la Europa, era necesario formar antes una combinacion que ofreciera un medio seguro para precaver tal peligro.

Esta combinacion no fué muy difícil de formarse, ó mejor dicho, se encontraba ya formada, por la anarquía que existía

entre los individuos de la familia real, pues estando de acuerdo con los directores de la conjuracion el príncipe de Asturias D. Fernando, heredero inmediato de la corona, quien á la vez que ardía en deseos de entrar cuanto antes en posesion de su herencia, no los tenia menos de vengarse del favorito que habia descubierto poco antes sus planes fraticidas, y era por otra parte el ídolo y la esperanza del desgraciado pueblo español, se acordó que subiría éste inmediatamente á ocupar el trono, en el caso muy probable de que su padre D. Carlos IV, ya fuese por el disgusto que naturalmente habia de causarle la desgracia de su ministro, sin cuyo auxilio no creia posible gobernar, ó ya por no acceder á las demas exigencias de los conjurados, entre los cuales habia de tener el dolor de ver figurar á su propio hijo, abdicase su poder.

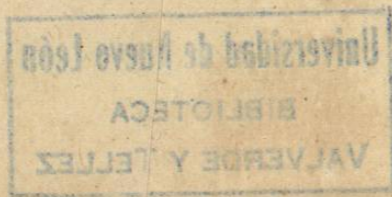
Una vez arreglado así este punto importante, no quedaba por hacer otra cosa á los directores del proyectado motin, que esperar una buena oportunidad para descargar con buen éxito sobre el opulento valido la furia del pueblo, y esta oportunidad no tardó mucho en presentárseles.

A mediados de Marzo de 1808, á la sazón que se hallaba la corte en el sitio real de Aranjuez, y con motivo de haber ocupado las tropas francesas en los primeros dias de este mes, sin previo permiso del gobierno de España, algunas de sus plazas fuertes, lo cual era ya un acto de hostilidad, se hizo correr la voz de que el rey, siguiendo los consejos de su ministro, habia dispuesto trasladarse á Sevilla, y aun pasar de allí á México en caso necesario, para ponerse á cubierto de los peligros de la guerra con que el ejército aliado amenazaba ya á la Península. Esta noticia, aunque desmentida por una proclama que publicó el rey el dia 16 del mismo mes, causó la profunda sensacion que era natural en unos ánimos ya bastante excitados de antemano para promover un trastorno, y en la noche del 17, algunos soldados, unidos á una parte del populacho de Madrid, que los conjurados hicieron ir allí con este objeto, allanaron la casa del valido y se entregaron en ella á

todos los excesos que acostumbra en tales casos la plebe desenfrenada, quedando únicamente sin ejecutarse la orden que llevaban de asesinarlo, por haber tenido la suerte de ocultarse en aquel momento á sus pesquisas.

El día siguiente, 18 de Marzo, obsequiando el rey los deseos de los directores del motin, publicó un decreto exonerando al príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, con la condición de que pudiera ir á disfrutar su retiro á donde mas le acomodase, fundando esta providencia en la resolución que decia haber tomado de mandar en persona el ejército y la marina; pero en la noche del 19, indignado sin duda de ver la humillación en que se hallaba su autoridad, ú obligado, como lo declaró mas tarde, por los mismos que habian conspirado contra ella, reunió á los ministros y jefes de palacio, y ante ellos hizo formal abdicacion de la corona en favor de su *amado* hijo D. Fernando VII.

En la mañana del mismo día 19 los agentes de los conjurados descubrieron al fin al caido favorito D. Manuel Godoy, quien fué arrestado inmediatamente, y conducido cuatro días despues entre soldados á la prision del castillo de Villaviciosa, donde debia esperar el resultado de la causa que se le mandó desde luego formar, no obstante que ya habia sido cruelmente castigado por la *justicia popular*, pues ademas de que en Madrid, siguiendo el ejemplo de lo hecho en Aranjuez, fué saqueado y destruido cuanto se halló, no solamente en su palacio, sino en las casas de su madre y hermana, en todas las ciudades de las provincias, al celebrar la exaltacion al trono del nuevo rey D. Fernando, fueron quemados con ignominia sus retratos en las plazas públicas. ¡De esta manera desapareció para siempre de la escena política aquel hombre notable, que, elevado de la nada, llegó á ser por muchos años el árbitro omnipotente de los destinos de los súbditos del monarca español en ambos mundos! Y en verdad que no deja de ser una coincidencia rara la de que al comenzar un periodo de guer-



ra se retirase del gobierno de la península un hombre que se engalanaba con el título de príncipe de la Paz!

Derrocado el antiguo gobierno; y colocado ya en el trono el nuevo rey, cuyo solo nombre era anunciado por sus apasionados partidarios como un símbolo de paz y de ventura, el pueblo español se entregaba, embriagado de júbilo, á celebrar el principio de la era dichosa que se le prometia, alimentando las mas lisonjeras esperanzas para el porvenir; pero aquellas esperanzas debian desvanecerse como una ilusion, y muy pronto los nuevos sucesos habian de venir á demostrar que los escándalos ocurridos en Aranjuez, si bien habian libertado á la España del yugo de un hombre que le era ya odioso, habian contribuido tambien muy eficazmente á precipitarla en el abismo de males á cuyo borde se encontraba, y del que no podria salir airosa sino á costa de inmensos sacrificios, apelando al auxilio de una potencia extraña, y sujetando á las mas duras pruebas el valor y la constancia de todos sus hijos.

El primer resultado que produjeron los sucesos de Aranjuez, fué la ocupacion de Madrid por las tropas francesas, pues tan luego como tuvo noticia de lo ocurrido el mariscal Murat, gran duque de Berg, que se hallaba entonces al frente de aquellas, aceleró su marcha con el primer cuerpo del ejército, y el 23 del mismo Marzo hizo su entrada en la capital de la monarquía, donde fué recibido con grandes muestras de admiracion y aprecio, considerándolo como un apoyo del nuevo monarca.

Este hizo tambien su entrada en ella el día siguiente, dejando el sitio real en que habia sido proclamado rey de una manera tan poco digna; pero en verdad que por mucho que le hubiesen infatuado el brillo de la corona y las frenéticas aclamaciones con que fué recibido por el pueblo de Madrid, debió conocer desde luego la difícil posicion en que se habia colocado él y habia colocado á su país. Una de sus principales esperanzas al arrebatarse el gobierno de las manos de su anciano padre, era la de que el jefe del ejército francés, en

